

## El círculo de la Vida

Como el soplo de un vendaval el tiempo se ha llevado por delante un puñado de años sin que a penas pudiera darme cuenta. Algunas cosas han cambiado, pero yo trato de aferrarme a aquellas que creo que seguirán. No hay una oficina donde me esperen pero mi despertador sigue sonando todas las mañanas a la misma hora. Más bien lo intenta, porque ahora duermo poco y acabo siendo yo quien le desactiva para que sepa que aún soy yo el dueño de mi tiempo. He intentado convertir en un ritual ceremonioso lo que antes era la rutina de asearme, vestirme y tomar la medicación. Ahora no me preocupa tanto ir algo arrugado, al fin y al cabo mi ropa sólo tratan de conjuntar con mi piel. Salgo a la calle fijándome en aquellas cosas que antes ni siquiera me había dado cuenta de que estuvieran ahí. Al llegar a la parada del circular doy los buenos días a las personas que están en la cola y me dispongo a esperar. Ahora es distinto, es como la sensación que tienen los niños cuando esperan que llegue algo sorprendente. Hay una chica con un maletín que mira su reloj y resopla. Siempre hace lo mismo desde que la recuerdo esperando el autobús en esta parada. Junto a ella dos chicos jóvenes con pintas de estudiantes hablan vertiginosamente de sus cosas con sus mochilas a la espalda. Pero no entre ellos, sino con otras personas que no veo ni oigo que están al otro lado de sus teléfonos. Y por último un joven que porta una carpeta de piel y viste como un agente de seguros. Siempre he sospechado que lo era.

A lo lejos aparece el circular con su avanzar majestuoso como si se tratara de un elefante que avanza entre los obstáculos de una jungla de asfalto y cemento. Puntual como un notario, según el marcador electrónico, y ligero de carga por ser aún temprano. Una vez dentro, y si está el sitio libre, suelo sentarme junto a la primera ventanilla que está después de las puertas de salida. Me gusta porque desde ahí puedo ver tanto a las personas que viajan conmigo, como a las que suben y bajan, y el recorrido urbano que, aun siendo el mismo de toda la vida, siempre tiene detalles nuevos que mostrar. La voz automática va anunciando las paradas a las que llegamos. Estas cosas, aunque tengan su utilidad, nos han quitado una de las excusas que tenían los pasajeros para hablar entre sí y preguntarse cuál es la próxima parada.

En una de las paradas se sube, Elena con sus dos niños, Carlos y Paloma. Y en la siguiente se suben. Ernesto y Jacinta. Los niños van a la escuela y Elena luego a su trabajo, los demás van a sus trabajos también. Nunca he sabido sus nombres, pero me gusta imaginar cómo se llaman porque forman parte de ese viaje diario que realizamos en común todos los días.

Seudónimo: Arcoirisdoble70